

perdido esos días. ¿Qué días son los que no se pierden?—Solo sé que he vivido. Lo mas que concederé es que he vivido *entre paréntesis*.

El ómnibus se para delante de un palacio.

El conductor grita ¡*la Malmaison!*

Ahí vive la reina Cristina, madre de la reina de España.

Ahí murió Josefina, la esposa repudiada por Napoleon.

Nadie sube al ómnibus ni nadie baja de él.

Continuamos, pues, nuestro camino.

Hémos ya en Rueil... Hemos llegado á tiempo... Los rugidos del tren resueñan á poca distancia...

Aquí lo tenemos... Asaltemos un coche... Suenan la señal...

Estamos en París.

Así va el siglo.

VII.

Dos conciertos.—Muerte y entierro de la duquesa de Alba.

Una vez en París, no creais que me dediqué á la contemplacion y exámen de sus obras de arte, al estudio de su historia, ni á la poesía de sus recuerdos.

Nada de esto cumplía á mi propósito.

Lo que yo tenia que observar y aprender en París era la manera de ser de sus habitantes, las costumbres, el estado social, la vida humana.

Permanecí, pues, en aquella capital mes y medio dejándome llevar por el acaso, penetrando en todas partes hasta donde me lo permitian mis medios y no desperdiciando ocasion ninguna, por trivial y nimia que pareciese á primera vista, en que hacer uso de mi lente filosófico. Así es que llevé la vida de corbata blanca y la vida sin corbata; bajé, subí; fui á los bailes mas encopetados y á los bailes de las *barreras*; á los museos y á los cafés, á los restaurant de primer orden y á los establecimientos de *Bouillon*; á los entierros y al *casino* (rue Cadet), al teatro Francés y al teatro *Seraphin*; comí cada día en un sitio distinto, y dormí cada noche en un barrio diferente; hablé con muchos pordioseros y con algunos príncipes, con bailarinas y con hermanas de la caridad; paseé por el bosque de Boloña y por el Jardin de plantas; conocí al literato de reputacion europea y al bohemio sin reputacion; aproveché y esploté la locuacidad de todo el mundo, haciendo que me contasen su historia desde los cocheros que me llevaron en cabriolé hasta el centinela que me volvió atrás con un *c' est defendu*, desde el que me vendió pomada hasta el que me pidió limosna, desde la actriz hasta el mozo de café, desde el sabio hasta el obrero; y por la noche, ó en mis ratos de soledad, ó en mis escursiones al campo, me dediqué con afán á combinar tan diversos elementos, á convertirlos en sustancia, á darme cuenta, en fin, de la suma total que rendian mis encontradas observaciones, ó sea del oro y de

la escoria que resultan cuando se funde en un cerebro español cierta cantidad de vida de París.

Indudablemente, algun deseo me impulsaba á esta multiforme investigacion; alguna cosa buscaba yo con impaciente anhelo en el corazon de la sociedad francesa.—¡Oh! yo buscaba una verdad en medio de tantas farsas y mentiras; yo buscaba el por qué de las cosas, el objeto, el fin, el ideal de la vida moderna; la fé, la creencia, el interés supremo de la actual civilizacion, su eje; su polo, su término adorado.... ¿Y qué encontré?

Yo no pudiera conducirlos de la mano á presenciar hora por hora cada uno de los variados espectáculos que constituyeron mi vida de París. Esto seria interminable. Yo os daré mis impresiones en conjunto, ó cuando menos, agrupadas. En nuestra escursion al campo hemos ensayado el método narrativo, y ya habreis reparado cuánta prolijidad requiere. Mas adelante, cuando viajemos de prisa, lo emplearemos nuevamente; pero ahora, para daros una idea de cuarenta y tantos días de continuadas observaciones en una misma capital, tengo que limitarme á resumir mis juicios y establecer ciertas conclusiones, que os suplico acepteis sin discusion, relevándome de aducir sus fundamentos.

Pero antes de emprender esta tarea, bueno será que respireis algunos instantes un aire mas puro que hasta aquí; bueno será que os arranque por un momento de la nefítica atmósfera de las costumbres parisienses y os conduzca á otra etérea region en que el espíritu tiende sin recelo sus invisibles alas. Esta digresion os proporcionará además la dicha de conocer á uno de los hombres mas ilustres de nuestro siglo.

Es, pues, el caso que habiendo yo encontrado en París á mi ilustre y antiguo amigo Jorge Ronconi, á quien debo las mas profundas emociones que haya producido nunca el arte en mi alma, y á quien toda Europa admira como á uno de los genios mas poderosos que han aparecido sobre la escena, recibí un sábado una carta suya en que me llamaba á comer, con espresa recomendacion de que fuese vestido de etiqueta.

Ronconi es uno de los hombres de mejor humor que yo he conocido: así es que me creí objeto de una de tantas bromas como nos hemos dado en su célebre cámen de Granada; pero por lo que pudiera suceder, echéme una corbata blanca en el bolsillo, y acudí á su casa á la hora de comer.

El esposo de *Maria di Rohan* me aguardaba sentado ya á la mesa y ceremoniosamente vestido, aunque no tenia mas convidado que yo.

Era indudable que pensaba llevarme á alguna casa luego que comiéramos. Yo le rogué muchas veces que me dijera de qué se trataba; pero él no me lo quiso declarar: hablóme, sí, de que me esperaba una gran sorpresa, y de este modo trascurrió la comida y salimos á la calle.

En la plaza de la Magdalena tomamos un carruaje de alquiler.

—Al ferro-carril del Oeste, dijo Ronconi.

Mi curiosidad subia de punto. ¿Ibamos á esperar á alguien? ¿Tenia aquello algo que ver con mis aventuras en casa de Mauricio?—Ronconi se reía.

A eso de las ocho llegamos á la estacion. Mi amigo tomó unos billetes en el despacho, sin que yo oyese para dónde eran; díjome que le siguiese, y entramos en un tren que se disponía á partir.

¿Qué significaba aquel viaje de frac y corbata blanca? Yo pensé mil disparates.—Pensé en la *Malmaison*, é hice observaciones á Ronconi; pensé en Bougival y en el suicida; pensé yo no sé cuantas cosas... ¡Y mi amigo no me despedaba!

Así corrió el tren como unos cinco kilómetros.

Paróse luego, y los empleados de una estacion gritaron: ¡*Passy!* ¡*Passy!* ¡tres minutos!

Ronconi me indicó que habíamos llegado.

Echamos pié á tierra, partió el tren, y nos quedamos solos y á oscuras en mitad del campo.

Yo estaba en mis glorias.—Convendreis conmigo en que la aventura era singularísima.—Ronconi se orientó como pudo, y anduvimos un poco tiempo bajo los árboles por un piso de menuda arena.—Luego entramos en un jardín que lindaba con una recia muralla, que no era sino la muralla de París.—Allí había ya algunos faroles de gas.

—Repara que este jardín, me dijo Ronconi, tiene la figura de un piano de cola.

Era verdad.

Pasamos una verja de hierro, y entonces apareció ante nuestros ojos un gracioso palacio de pequeñas dimensiones, cuya artística fachada se perfilaba á la luz de dos enormes candelabros que había delante de la puerta.

Ronconi seguía implacable.—Yo presentía algo de extraordinario. El grande artista no podía darle tanta importancia á un acontecimiento vulgar.

Entramos. Al pasar la puerta empezaba el gran lujo de la casa. Indudablemente, la recepcion era en el piso bajo. Criados muy elegantes se apoderaron de nuestros abrigos, y otro abrió una puerta que había á la derecha, al través de la cual se escuchaban risas y murmullos.

—Sígueme, dijo Ronconi.

La habitacion en que penetramos era pequeña y cuadrada, toda revestida de blanco y oro, con *parquet* en vez de alfombra, y sillones y cortinas de tapicería roja y negra. En frente de la puerta había un gran piano vertical, cuyas luces estaban encendidas.

Hallábanse reunidas en aquel aposento hasta unas veinte personas de muy distinguido porte y elegantemente vestidas. Entre ellas había seis ó siete damas.

Cerca del piano se encontraba un viejo alto, grueso, fuerte, con gran peluca rubia, y unas ligeras patillas blancas, sin un hueso en la boca, de grandes y nobles facciones y ojos muy vivos y penetrantes. Vestía un *rendingot* castaño, de alto cuello; ancho corbatin de forma antigua y holgado pantalon oscuro. Llevaba en el ojal el boton de la Legion de Honor. Tenía en la mano una caja de rapé, y su voz era destemplada, dominante y agresiva. Hablaba en italiano.

No bien distinguió á Ronconi, dejó la conversacion que tenía con una dama, y vino hácia él con los brazos abiertos.

—¡Gran canalla! ¡Jorge mio! exclamó abrazándole.

—¡Viejo lobo! ¡Joaquín mio! respondió Ronconi.

Y se besaron.

Yo había reconocido ya á aquel viejo, cuyos retratos inundan todos los aparadores de París.

Era Rossini.

¡Era el autor del *Barbero de Sevilla*, de *Moisés*, de *Semíramis*, de *Guillermo Tell*, del *Stabat Mater*, de la *Ceneréntola*, del *Otelo*, de tantas obras inmortales!—¡Era el precursor y el maestro de Donizetti y Bellini!—Era el intérprete de los afectos de nuestros padres, el cantor de sus pasiones, el que despertó en su alma aquel amor de que nosotros somos hijos, el que encantó su juventud, el que presidió como un númen á tantas y tantas noches pasadas en el deliquio del entusiasmo musical en teatros que brotaban á su voz como las ciudades de Grecia á la voz de Orfeo; era la poesía y la ternura de todo un siglo; era el creador de los cantos que arrullaron nuestra cuna; era el nombre idolatrado que aprendimos á venerar en nuestra niñez; era el Dios de las hermosas de hace cuarenta ó cincuenta años; era el sol de aquellos días melancólicamente recordados por las nuestras decrépitas devotas; era el héroe de mil y mil campañas; era la aurora del romanticismo, cuyo lúgubre anochecer nosotros hemos presenciado; era el que compartió los aplausos del mundo con sus dos grandes contemporáneos lord Byron y Napoleon; era el hombre que ya vive en la historia con el poético dictado del *cisne de Pessaro*; era Rossini, y esto lo dice todo!

Considerad, pues, cuales serian mi sorpresa, mi turbacion y mi asombro al verme á dos pasos de él.

Entre tanto, Ronconi le había dicho mi nombre, mi patria, y otras cosas que no oí.

El maestro me tendió su mano, que yo estreché con efusion.

Si con anticipacion se me hubiese anunciado que la mano de Rossini llegaría á tocar la mia, yo hubiera creído que mi primer movimiento habría sido besar la suya... Pero los hechos en realidad nunca son tan solemnes como los concibe la imaginacion. No se la besé, pues.

En cambio, tampoco le dirigí elogios ni cumplimientos. ¿Qué podía yo decirle que no le hubiesen repetido hasta la saciedad, durante cincuenta años, todos los sabios, todos los poetas, todos los artistas, todos los héroes, todos los reyes y emperadores de este siglo?—Rossini ha apurado, como pocos mortales, la dorada copa de la gloria.—El ha sido llevado en triunfo un millon de veces desde el teatro á su casa; él ha sido amado y requerido por las mujeres mas notables y hermosas de su tiempo (pues él ha sido también hermoso como un Apolo antiguo); él ha sido adulado y mimado por los soberanos mas poderosos y adustos; él ha sido aclamado en las calles y paseos por las masas populares; la prensa de todo el universo se ha fatigado en su elogio y se han escrito mas historias de su

vida que de la vida de Napoleon I. Y él ha desdeñado todo esto; él se ha burlado de sí mismo y del entusiasmo que producía; él se ha complacido siempre en desencantar á sus admiradores y panegiristas; él se ha reído con la risa de Voltaire, con la de Anacreonte y con la de Polichinela; y riéndose de este modo, ha hecho temblar y gemir al mundo entero; ha amasado una respetable cantidad de millones de francos, y se ha divertido como pocos hombres en el mundo.

Se dice,—yo no lo creo ni lo concibo,—que Rossini no ha tenido nunca corazón, ni cariño al arte, ni fe en nada inmaterial, ni un amor serio, ni respetos de ninguna especie. Se dice que su única pasión ha sido la avaricia, su único ideal el oro, su único Dios el *franco*...—Repito que no lo creo.—No se debe juzgar á nadie por sus palabras, ni tampoco el carácter es la expresión de los sentimientos del espíritu.—¿Quién sabe la reconcentrada ternura, la oculta poesía, la honda tristeza que habría habido siempre en el fondo del alma del autor de la *Donna del Lago*!—Decidme que es misántropo, y lo creeré; que despreció á la humanidad desde niño; que la fortuna lo hizo cruel; que las glorias de la tierra le parecieron ridículas... Pero yo no reconoceré nunca que pueda el genio, y un genio innovador y revolucionario como el suyo, dar á cada afecto su canto, á cada pasión su lloro, á cada dolor su gemido, voz á la naturaleza y levantar á Dios himnos tan puros como la plegaria del *Moisés*, sin que su alma y su corazón encierren todo el fuego y todas las lágrimas que forman la esencia de su música, y que esta misma música hace germinar en nuestros pechos.—Lo demás sería absurdo, inesplicable, monstruoso.

Rossini era tratado en su tertulia como un verdadero rey de otros tiempos. El atacaba á todo el mundo con sus sangrientos sarcasmos, con su ácida burla, con sus mordaces epigramas, y nadie le devolvía un solo golpe; todos se daban por muy honrados con las familiaridades del gran maestro.

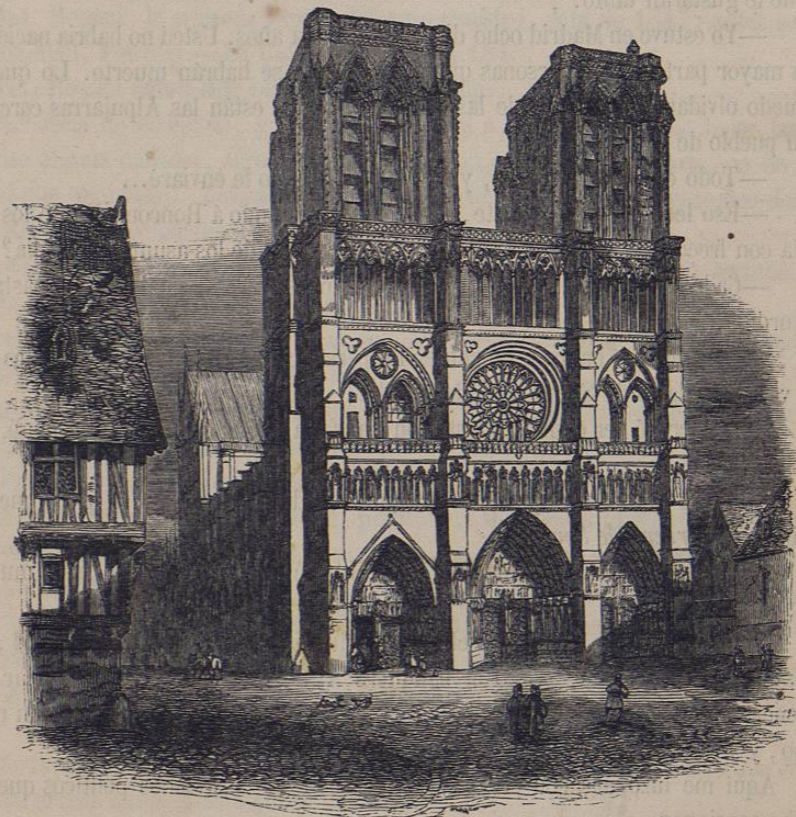
Solo Ronconi era respetado ó se permitía contestar con chistes á sus chistes.

Constituían la reunión la esposa de Rossini, de la que os diré algo, dos altos dignatarios del imperio, al alcalde de Passy, una vieja condesa dueña de una casa de campo contigua, y varios cantantes y cantatrices de *primo cartello*, entre los cuales yo conocía á unos por haberlos oído cantar en el Teatro Real de Madrid, y á otros por las trompetas de la fama.

Todos aquellos ruseñores de frac ó con abanico se hallaban de paso en la capital de Francia, desde donde habían de partir pronto, cada uno con rumbo diferente, según la escritura que hubiese firmado aquel verano.

Cuál iba á Berlin, cuál á San Petersburgo, cuál á América, cuál á Nápoles; este á Madrid, aquel á Londres; el uno á Viena, el otro á Copenhague.—Yo pensé por un momento en el invierno que se acercaba; en el frío y en la oscuridad de nebulosas capitales cubiertas de nieve; en el alumbrado, en la música, en los caloríferos y en el amor que animarían en tanto aquellos teatros; en las elegantes muchedumbres que los poblarían; en los parasismos de silencio religioso que producían aquellos cantantes en tal *aria* ó en tal *duo*; en la primavera que llegaría después; en entierros y casamientos; en el sueño de la vida y de la

muerte... y no pude darme cuenta ni me la doy en este instante de la rara poesía que encontraba mi imaginación en tan estensas consideraciones.—Yo no sé si era un afán de ubicuidad, curiosidad de viajero, amor al género humano ó aquella delirante codicia que le hacía desear á lord Byron que todas las mujeres del Norte y del Mediodía se compendiasen en una sola.



Iglesia de Nuestra Señora de Paris.

Por ser amigo de Ronconi y recién presentado en la tertulia, yo merecí de Rossini alguna circunspección.

Además que el maestro ama mucho á España.

Todo el mundo sabe que su primera mujer, la famosa Isabel Colbrand, era española.

Rossini posee perfectamente nuestra lengua: su pronunciación y su acento son los mismos que reparé más tarde en el Papa, cuando tuve la dicha de oírle hablar en español.

Este acento y esta pronunciación son muy parecidos á los del pueblo bajo de Valencia cuando pretende hablar en castellano.

Mi conversacion con el autor del *Barbero de Sevilla* versó casi toda acerca de España.

Ronconi habia hecho mi presentacion en toda forma, acompañándola de ciertos datos biográficos.

Con este motivo, el maestro tarareó un pasaje de su *Otelo*.

Luego me habló de las catalanas, y me dijo que habia visto pocas mujeres que le gustaran tanto.

—Yo estuve en Madrid ocho dias hace treinta años. Usted no habria nacido, y la mayor parte de las personas que yo conocí ya se habrán muerto. Lo que no puedo olvidar es el jamon de las Alpujarras. ¿No están las Alpujarras cerca de su pueblo de usted?

—Todo es Sierra-Nevada, y si usted quiere, yo le enviaré...

—Eso le corresponde á este, respondió acariciando á Ronconi. El me los envia con frecuencia.—Y ¿qué opinan ustedes por allí de los asuntos de Italia?

—Cada cual opina su cosa, como en todas partes, contesté yo bastante aturdido.

Por entonces se hablaba mucho en los periódicos de que el rey de Nápoles iria á vivir al palacio de San Telmo de Sevilla.

Rossini creyó ver en mi contestacion una falta de franqueza, y me castigó con esta frase:

—Yo he oido decir que han ajustado ustedes á Francisco II para que les cante el *Barbero de Sevilla*.

—Podrá ser muy bien, maestro, le contesté; pues en España gusta mucho esa ópera.

—¡Oh! ¡la bella España! exclamó con dulzura. Yo estuve allá en 1831, en compañía de mi grande amigo el banquero Aguado, y nunca podré olvidar las atenciones de que fui objeto. Fernando VII y María Cristina me obsequiaron mucho, y yo le dediqué á esta una *romanza* titulada *La Passeggiata*...

Aquí me hizo algunas preguntas y lanzó varios sarcasmos políticos que no debo consignar.

Luego continuó:

—Todavía anda entre mis papeles una real orden refrendada por el ministro Ballesteros en que se me concede el uso de uniforme de maestro del Conservatorio de María Cristina. ¡Bien me divertí allí una noche en que me dedicaron un concierto, todo compuesto de piezas de mis óperas! ¡Qué lindas mujeres habia entonces en España!—Ya estarán viejas como yo... Pero supongo que habrá otras nuevas.

Rossini nació en 1792.

—Carnicer, mi pobre Carnicer, á quien yo queria mucho, y que era un grande artista, dirigia el concierto... La grandeza me dió bailes y comidas... Y Varela... el buen Varela... el comisario de Cruzada, me ofreció un banquete musical suntuosísimo, al que asistió medio Madrid. A aquel escelente hombre y á aquella magnífica fiesta se debió mi *Stabat Mater*, que, como sabrá usted, le

dediqué á Varela, y se estrenó dos años mas tarde en *San Felipe el Real de Madrid*... Despues estuve en Barcelona, en la hermosa Barcelona... donde los catalanes hicieron locuras conmigo... Yo comprendo que este mal sugeto, añadió por último señalando á Ronconi, haya fijado sus cuarteles de invierno en España... ¡Aquella es una noble tierra!—Con que... anda, Jorge; preséntale tu moro á mi mujer y vamos á hacer un poco ruido en ese piano.

Mad. Rossini, la segunda esposa del gran maestro, data de 1847: antes se llamaba Mad. Pelissier.—La Colbrand murió en 1845.

Mad. Rossini habrá sido bella. Hoy es elegante.

Táchasela de codiciosa, y se dice que obliga á Rossini á escribir todas las semanas alguna melodía, alguna *romanza*, algun coro, cualquier cosa, en fin, con tal que sea música, llevandó en ello la intencion, no de acrecer el tesoro del arte, sino su tesoro particular.

Estas composiciones del ilustre maestro se tocan una sola vez en la tertulia, y luego desaparecen sin que se vuelva á hablar de ellas.

Es que su mujer las agrega á un volúmen que forma silenciosamente, bajo el título de *Obras póstumas de Rossini*.

Ya comprendéis que cuando muera el autor de *Elisabetta*, esa coleccion de los últimos cantos del cisne se venderán por un precio fabuloso.

El cálculo de Mad. Rossini no puede ser, pues, mas acertado.

En esto hay una visible crueldad, puesto que se priva al grande hombre de gozar en vida sus últimos triunfos, y se cuenta con su muerte como con un nuevo mérito y aumento de valor para sus obras inéditas; pero en medio de todo, no habrá quien no perdone su pecado á Mad. Rossini, en consideracion á que, si no fuera tan codiciosa, no obligaria á trabajar á su anciano esposo, y el mundo se privaria de la preciosa coleccion que conocerá con el tiempo.

El refran tiene razon: no hay mal que por bien no venga.

Afortunadamente para mí, aquella noche debia estrenarse un *Lamento* que el inmortal artista habia escrito por la mañana.

Cuando yo lo ví sentado al piano para interpretar su nueva obra, esperiménté una emocion que adivinareis fácilmente.

Ver á Rossini delante del teclado, equivalia á ver á Mirabeau en la tribuna, á Napoleon á caballo, á lord Byron escribiendo una epopeya sobre el hundido muro de Corinto.

Era una cosa tan solemne como la historia; pero mucho mas augusta por su palpable autenticidad.

El *Lamento* era una melodía sencillísima, llena de sentimiento, y en que se advertia aun aquella gracia, aquella fluidez, aquella sublime facilidad de todas las inspiraciones de Rossini.

El insigne músico indicaba vagamente su idea hiriendo las teclas con sobria precision, como el pintor que fija su concepto con dos ó tres rasgos magistrales.

Por lo demás, su rostro no espresaba ya la burla ni la ironía.

—Mira cómo se le alarga la cara, me observó Ronconi.

Y en efecto, el semblante del compositor ostentaba una seriedad, una compuncion, una ternura extraordinarias.

¡Y con qué respeto, con qué veneracion se escuchaba aquella música!—¡Qué imponente silencio la recogia! ¡Qué aplauso tan amoroso la siguió!

Rossini se reia ya de sí mismo y de nuestro entusiasmo.

Despues cantó Ronconi una *romanza* bufa de Donizetti, titulada *El Trovador*.

Rossini mismo se la acompañó; y mientras todos reian al oír las sales cómicas del gran barítono, el autor del *Barbero*, que unia á veces su cascada voz á la de Ronconi, exclamó dos ó tres veces en los pasajes mas hermosos:

—¡Pobre Donizetti!

Cantóse, por último, el famoso terceto de *La italiana en Argel*, que hizo reír mucho á su mismo autor; sirvióse el té; hablóse de política; dieron las once, y se disolvió la tertulia.

Media hora despues me despedia yo de Ronconi en la plaza de la Magdalena, dándole mil millones de gracias por la inolvidable noche que me habia proporcionado.

¡Así le haya sido tan agradable al lector la pálida relacion que acabo de hacer de ella!

A la noche siguiente asistí á otro concierto que tampoco podré nunca olvidar.

Escuchadme con paciencia.

Venia yo del bosque de Boloña, al que todas las tardes concurrían centenares de familias españolas de las mas conocidas en la sociedad de Madrid.

El tiempo era hermoso. El otoño se acercaba; pero las aves seguían alegres y canoras; el cielo azul y puro; el aire perfumado y tibio, y las damas principales en carretela descubierta.

Cuantos españoles frecuentaban las largas calles de árboles tendidas á las orillas del lago, buscaban todas las tardes, con el afán mas tierno y el interés mas respetuoso, un carruaje ocupado por dos señoras, que cruzaba como una exhalacion una ó dos veces entre las filas de coches y desaparecia por el Arco de la Estrella, poco antes de la puesta del sol, para no volver hasta el dia siguiente.

Hasta los que no trataban á aquellas dos señoras, quitábanse el sombrero involuntariamente al verlas pasar, y las seguían luego con la vista durante mucho tiempo, revelando en su actitud la mas honda melancolía...

Y era que una de aquellas dos damas, elegante sobre toda ponderacion, y bella como una fantasia de artista, iba reclinada en la carretela, inmóvil, pálida, moribunda, con los ojos y los labios entreabiertos, como si la sobrase luz y la faltase aire para vivir. Era que todos sabíamos que aquella mujer huiría del mundo en un breve plazo; que sus horas estaban contadas; que ni su juventud ni sus encantos, ni su grande alma, ni la esplendente vida de la eterna naturaleza que nos rodeaba, serían bastantes á disputar á la muerte aquella inolvidable hermosura... Era que todos recordábamos haberla visto reinar en los salones de

Madrid, brillar en los teatros, lucir en los paseos; adorada siempre hasta el fanatismo; imitada, envidiada, obedecida; irresistible dictadora donde quiera que apareció, donde quiera que alcanzaron sus miradas.

Indudablemente ya la habeis conocido.—Era la duquesa de Alba.

La otra señora era su madre, su pobre madre, que habia de sufrir el martirio de sonreír al lado del lecho de muerte de su hija, alimentando así hasta la última hora la esperanza de la moribunda.

La tarde que digo era ya la octava en que la infortunada duquesa no habia sido vista en el Bosque de Boloña.

Al pasar yo por los Campos Eliseos, de vuelta de paseo, me detuve como todos los dias delante de su palacio, á fin de saber de ella.

Pero los melodiosos acordes del *Concierto Musard*, que se hallaba establecido al aire libre, á pocos pasos de la morada de la enferma, me distrajerón esta vez de mi propósito.

La orquesta tocaba un *potpourri* de los mas apasionados y tiernos *aires* de Donizetti.

Yo me acerqué como tantos otros, y pasé mas de una hora oyendo aquellos cantos tan conocidos y siempre tan amados, que me recordaban muchas temporadas de Teatro Real, muchas noches de ilusion desvanecida y todos los afectos y todas las personas que se relacionaban con aquellos tiempos y con aquella música...

Y pensaba tambien en que la jóven duquesa estaria escuchando desde su lecho de agonía aquellos mismos ecos de sus pasadas agitaciones, aquellos suaves cánticos que compendian la existencia que iba á perder, aquellas voces de amor que la recordarian su largo reinado sobre las almas de cuantos la conocieron y á quienes ya no volveria á enagenar su hermosura... ¡Oh! ¡Qué melancólicamente resonarian en su corazón aquellas armonías, mas duraderas que la vida mortal, y que parecían anunciarla que despues que ella desapareciese, todo seguiria en la tierra tal como lo habia conocido, y que aquellas patéticas melodías, en que ella escuchaba el adios del mundo... presidirían otros amores, otras fiestas, otros encantos!

—¡Feliz ella, murmuré para mí mismo; si estas voces fugaces le hacen pensar en la vanidad de las cosas humanas, y poniendo en su espíritu el disgusto de la felicidad terrena, la levantan á la aspiracion de mas grandes y perdurables alegrías! ¡Feliz ella si considera estos cantos como el ruido de una tempestad que se aleja, y presta oído atento á los himnos de la inmortalidad, cuyas doradas puertas verá dibujarse entre desgarradas nubes en el lejano oriente de otra vida!...

Pensando de esta manera, me aparté del concierto y penetré en el hotel de Alba.

Hacia dos minutos que la duquesa habia espirado.

Su muerte habia sido envidiable por la resignacion cristiana con que aquella mujer sublime la vió llegar.

Todavía escuchaba yo desde lo interior del palacio los postreros acordes del aria final de *Lucía*, que empezaron á tocar cuando el alma de la duquesa se hallaba aun en este mundo.

Dos días despues se verificó el entierro.

La emperatriz se hallaba en la Argelia con el emperador.

El entierro de su hermana no fue, pues, otra cosa que el homenaje que su familia y todos los españoles que se encontraban á la sazón en París rindieron al bien amado que habian perdido.

Y á la verdad que era solemne aquel largo cortejo extranjero que atravesaba los Campos Eliseos con direccion al templo de la Magdalena, por entre dos filas de parisienses llevados de la curiosidad, y que no veian en la extraordinaria mujer que dejaba en triste duelo á la sociedad española sino á la hermana de la emperatriz ausente.

Esta fúnebre ceremonia y el concierto de Rossini fueron las dos únicas escenas que presencié en París con afectuosa emocion y simpático sentimiento.—Todo lo demás que me salió al paso, por desconsolador y horrible que fuese, solo me produjo indignacion, desden ó miedo.—Y es que en París llega á tanto la presuntuosa soberbia del hombre, que sus mayores males no os causan compasion, sino que veis en ellos un castigo merecido, como las plagas que nos refiere la Escritura.

VIII.

Garibaldi y la Rigolboche.—Tendencias de la literatura y del arte.—Carácter de nuestra época.—Napoleon III.—El español en Francia.

Llevaba ya cuarenta y tantos días de permanencia en París, y como habreis notado, sus maravillosas comodidades y renovados placeres iban depositando en el fondo de mi alma una hez de disgusto y amargura, cuyo origen adivinaba algunas veces y otras se me ocultaba.

Yo no podía desconocer que París era el pueblo mas divertido del mundo; que en él no se carecia de nada... cuando se tenia dinero; que el gobierno era un verdadero padre de los ciudadanos, y que estos vivian mas libremente bajo la ley del llamado *déspota* que habita en las Tullerías, que las tribus sin casa, ley, ni hogar que vagan por los desiertos...

Yo habia visto el mayor orden y la mas admirable policia en todas partes; el primor artístico, la propiedad y la exactitud en todas las cosas; el rigor legal y la igualdad filosófica nivelando *en teoría* á todos los individuos, y la gracia, la limpieza, la abundancia, el placer, la cordura brillando en los hechos, en las personas y en los objetos inanimados...

Habia admirado los establecimientos de beneficencia civiles y militares, oficiales y privados...

En el *Hotel de los Inválidos*, por ejemplo, habia visto convertidos en unos

verdaderos prevendados á los que se inutilizaron en defensa y gloria de la patria... y casi divinizados á los pocos y decrépitos veteranos que aun quedan del primer imperio...

En los hospitales me habia sorprendido el lujo, el bienestar, el cuidado que rodea á los míseros enfermos...

En los museos habia tenido ocasion de elogiar el respeto y el aprecio que dispensa la Francia á los timbres de su historia, á sus grandes capitanes, á sus artistas, á sus escritores...

En Versalles ví salones inmensos llenos de grandes lienzos y hermosas estatuas que representaban los hechos de armas de las recientes guerras de la Argelia, de Crimea y de Italia, y á los héroes que los llevaron á cabo...

En otro lado ví toda la epopeya de Napoleon I, traducida en grandes obras de arte...

Debajo del monumental mercado que acaba de construirse, habia contemplado con asombro el depósito de agua del mar en que se mantienen vivos los pescados que ha de devorar París, y los ferro-carriles subterráneos que lo abastecen de carnes, legumbres y otros comestibles...

En las imprentas de primer orden habia visto nacer los libros y los periódicos en tal multitud y con tanta celeridad como si los produjese un milagroso *fiat*...

Cinco minutos despues de un espantoso aguacero habia encontrado á París tan limpio, tan bello, tan brillante como una casa recién arreglada para recibir á dos novios...

En las fábricas me habia sorprendido la multiplicacion del trabajo y el aumento de la produccion...

En los *restaurants* habia visto por mañana y tarde á mas de la mitad de la poblacion de París, comiendo á una misma hora, por un precio infimo ó por un precio fabuloso, y en menos tiempo del que se emplea en España para servir un sorbete en un café.

En el *Hotel del Louvre* habia comido regamente en una mesa redonda de trescientos cubiertos, donde se veian gentes de todas las naciones del globo...

En los *Establecimientos de Bouillon* habia reverenciado aquella gran caldera llena de sopa, en torno de la cual se agitan al anochechar millares de parroquianos que comen, como quien dice, mecánicamente y al pié de fábrica...

En los teatros habia asistido á comedias, dramas, óperas cómicas, *vaudevilles*, bailes, ejercicios gimnásticos, juegos malabares, hechicerías, esposiciones geológicas y astronómicas, prestidigitacion, simulacros, fuegos artificiales, habilidades de fieras, danzas ecuestres y cuantos espectáculos puede escogitar la imaginacion...

Y en todos ellos, aun en los mas serios, advertí que la representacion habia de ser abundante dentro de un tiempo limitado, y que es de rigor que se baile en ella, y que este baile sea el *Cancan*...

¡El *Cancan*!... que es indescriptible... que es la alegría bestial convertida en arte; que es la mas grotesca y torpe bacanal llevada á la escena ó paseada por